

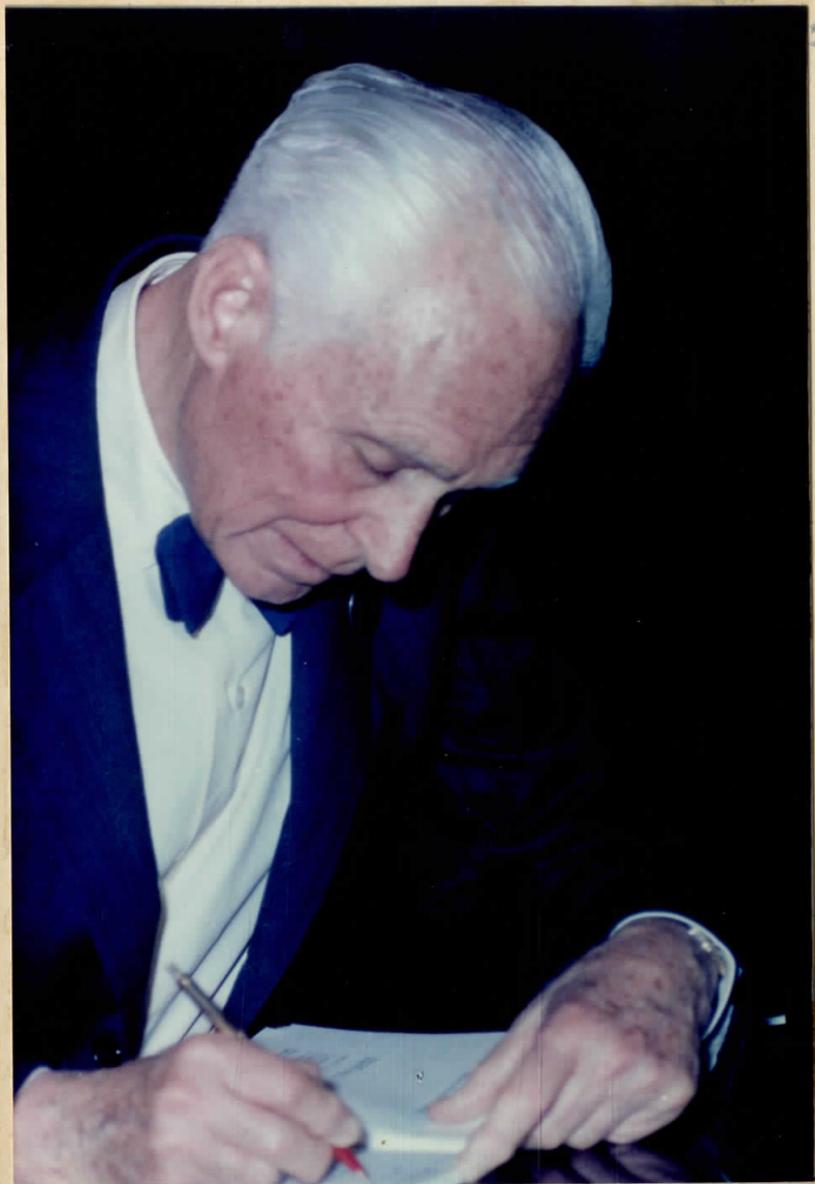
LA SOMBRA DE LA NUBE

Para Mateararo, a
quien debo tanto
más!

Esperen
II 186



BIBLIOTECA
STEBAN
L. M. GOVERNIA
1911



Vigor testimonial en "La noche de los lápices"

"La noche de los lápices", producción nacional en colores y hablada en castellano, presentada por Aries en los cines Broadway, Atlas Recoleta y Callao. Basada sobre un libro cinematográfico de Bebe Kamin y Héctor Olivera. Ensayo histórico-periodístico: María Seoane y Héctor Ruiz Núñez. Asesor testimonial: Pablo Díaz. Intérpretes: Alejo Pintos, Vita Escardó, Pablo Navarro, Adriana Salonia, Pablo Machado, José María Monje Berbel, Leonardo Sbaraglia, Tina Serrano, Héctor Bidonde, Lorenzo Quinteros, Manuel Callau, Alfonso De Grazia, Francisco Cocuzza, Juan Manuel Tenuta, Angela Ragno, Andrea Bonelli y Rubens Correa. Fotografía: Leonardo Rodríguez Solís. Música: José Luis Castiñeira de Dios. Producción: Fernando Ayala. Dirección: Héctor Olivera. Duración: 110 minutos. Calificación: sólo apta para mayores de 16 años.

Duele mucho esta "Noche de los lápices". Duele y conmueve, y no sólo porque reconstruye hechos terribles de un pasado reciente cuyas heridas tardarán aún mucho en cicatrizar sino, sobre todo, porque lo hace atendiendo al costado humano de los personajes, porque se aproxima a ellos sin afán melodramático en busca de los rasgos que los definen como adolescentes similares a tantos otros, porque deja a un lado especulaciones emotivas o partidistas y encara la historia frontalmente, sin ahorrar crudezas pero sin detenerse en ellas. El episodio que expone tiene la fuerza suficiente como para hacer innecesario cualquier énfasis. Y Héctor Olivera, que confía en que las grandes calamidades son siempre aleccionadoras, deja que la anécdota hable por sí misma.

La historia de la llamada "noche de los lápices" es suficientemente conocida. Algunos de los chicos que habían

participado de las luchas estudiantiles en procura de una tarifa preferencial en los transportes platenses fueron secuestrados en septiembre de 1976, algún tiempo después de haber logrado aquella conquista. Todos, excepto Pablo Díaz, permanecen desaparecidos. Y lo que el film cuenta, fundamentalmente sobre la base de los testimonios del sobreviviente, es tanto la dura experiencia por él vivida junto a sus compañeros como el infructuoso empeño de algunos de los familiares de los desaparecidos por establecer el paradero de los muchachos.

Sin duda es este cine testimonial y comprometido el que mejor se ajusta a las capacidades expresivas de Olivera. De la pintura colectiva -las asambleas estudiantiles, la discusión de procedimientos, la manifestación pública de sus propuestas-, el relato pasa fluidamente al retrato individual, el de la media docena de adolescentes protagonistas del episodio, y entre ellos, especialmente, el de Pablo, que ha sido un asesor decisivo a la hora de elaborar este testimonio.

El relato, que puede resultar abrumador porque es abrumadora la historia que reconstruye, no acusa desmayo alguno. Apoyado por la fresca naturalidad de un elenco que supo elegir y conducir hasta situaciones de gran intensidad dramática, Olivera expone los hechos con vigoroso trazo. El tibio romance que se insinúa entre Pablo y Claudia o un par de escenas en las que los prisioneros encuentran en la canción un lazo de unión y una vía de fortalecimiento de la confianza son prácticamente los únicos respiros que concede al espectador el tenso y vibrante clima dramático del film. El despojamiento, la búsqueda de un lenguaje distanciado, la exposición de



Vita Escardó

(Foto Aries)

situaciones con una deliberada frialdad próxima a la objetividad del documental imponen a la película una potencia dramática a la que es difícil sustraerse. Algún apunte ocasional que pueda parecer desmañado u obvio -entre ellos la intervención del falso cura interpretado por Alfonso De Grazia-, no alcanzan ni a disminuir el impacto de las imágenes ni a perjudicar el nervioso ritmo de la narración.

Se ha dicho que es fundamental el homogéneo aporte de los jóvenes debutantes seleccionados por la producción. Vale la pena sin embargo mencionar a Vita Escardó, dueña del temperamento que exigía su Claudia, y a Alejo García Pintos, que muestra gran sensibilidad para traducir los titubeos, las angustias, los miedos y los pequeños atrevimientos de su Pablo. Es excelente el uso de la música; no sólo la original -y muy inspirada- de José Luis Castiñeira de Dios sino, muy especialmente, la de un par de temas de Charly García ("Balada para mi muerte" y "Rasguña las piedras"), que cobran particular significación en dos momentos teñidos de áspera y conmovedora poesía.

Fernando López

(c) LA NACION

5-4-87

La intensidad de la vida

"La sombra de la nube"

Por Florencio Escardó

(Botella al Mar)

La tradición de los hombres de letras que también fueron médicos tiene un exponente actual muy destacado en Florencio Escardó. A sus reconocidas aptitudes de humanista y a la calidad de sus artículos científicos, vestidos siempre con una prosa brillante por la dinámica, que no olvida la condición de la pulcritud, suma asimismo su vocación poética que este libro ejemplifica.

La fugaz sombra de una nube, nos dice, puede revelarnos el esplendor de la luz del sol, y su libro, breve e intenso, nos ofrece revelar en la chispa del verso la intensidad de la vida, que ahonda sus enseñanzas en la plenitud del ser, cuando todas las cosas adquieren en la

posesión de la paz la certeza del amor logrado.

Amor se titula una sección del libro y bien vale como la definición de todo su contenido. Porque, en definitiva, reconoce que amar y ser amado es la clave de su existencia. Así en el poema, que adquiere la síntesis conceptual del aforismo y el peso de su síntesis expresiva, puede seguirse sin interceptaciones la evidencia del amor alcanzado. En un juicio fervoroso, Bernardo Ezequiel Korremblit destaca "La llama del amor concebido, instaurado y practicado por un genuino poeta". Si sus poemas lo confirman es porque él ha modelado sus actos, y los perfiles de su actividad múltiple y honda se han nutrido de su esencia. Comprobarlo es una de las nítidas cualidades de su libro. Pero dista de ser la única; la escolta, por ejemplo, la sensación de que ella puede expresarse con

FLORENCIO ESCARDÓ
LA SOMBRA DE LA NUBE



una noble, limpia y digna calidez humana. Raúl Soldi es el autor del dibujo de la tapa. (47 páginas.)

Angel Mazzei
(c) LA NACION